

## Capítulo 2

### La constitución del imperio

El libro comienza con una sección dedicada a "la constitución política del presente", la cual es presentada a continuación de un breve prefacio en el cual nuestros autores introducen la tesis principal del libro: un imperio ha emergido y el imperialismo ha terminado (p. 15) 2. Ahora bien: en la primera parte del libro el análisis del orden mundial comienza con un giro asombrosamente formalístico, al menos para un marxista, dado que la constitución del imperio es planteada en términos estrechamente jurídicos. A consecuencia del mismo el orden mundial aparece no como la organización internacional de los mercados, los estados nacionales y las clases dominantes bajo la dirección general de una verdadera burguesía internacional, sino bajo las estilizadas líneas de la organización formal del sistema de las Naciones Unidas. Este sorpresivo golpe inicial es luego acentuado cuando el intrigado lector comprueba que los instrumentos conceptuales utilizados por H&N para el examen de nada menos que el problema del orden mundial son tomados prestados de cajas de herramientas tan poco promisorias como las que detentan un conjunto de autores tan ajenos al materialismo histórico y tan poco útiles para un análisis profundo de este tipo de temas como Hans Kelsen, Niklas Luhmann, John Rawls y Carl Schmitt. Respaldados por autoridades tales como las mencionadas, causa poca sorpresa comprobar que los resultados de esta inicial incursión en el objeto de estudio estén muy lejos de ser satisfactorios. Por ejemplo, la abierta sobreestimación del papel de las Naciones Unidas en el así llamado orden mundial conduce a nuestros autores a observaciones tan inocentes o ingenuas como la siguiente:

"...pero también deberíamos reconocer que la noción de derecho, definida por la Carta de las Naciones Unidas, también apunta hacia una nueva fuente positiva de producción jurídica, efectiva en una escala global: un nuevo centro de producción normativa que puede desempeñar un papel jurídico soberano" (p. 22).

H&N parecerían ignorar que las Naciones Unidas no son lo que aparentan ser. De hecho, por su burocratismo y naturaleza elitista, son una organización destinada a respaldar los intereses de los grandes poderes imperialistas, y muy especialmente los de los Estados Unidos. La "producción jurídica" efectiva de la ONU es de muy poca sustancia e impacto cuando se trata de temas o asuntos que contradigan los intereses de los Estados Unidos y/o de sus aliados. Nuestros autores parecerían sobreestimar el papel muy marginal jugado por la Asamblea General de las Naciones Unidas, donde los votos de Gabón y Sierra Leona igualan a los de los Estados Unidos y el Reino Unido. La mayoría de las resoluciones de la Asamblea General se reducen a letra muerta a menos que sean activamente apoyadas por la potencia hegemónica y sus asociados. La "guerra humanitaria" en Kosovo, por ejemplo, fue llevada a cabo en nombre de las Naciones Unidas pero sorteando por completo la autoridad tanto del Consejo de Seguridad como de la Asamblea General. Washington decidió que era necesaria una intervención militar y eso fue lo que ocurrió. Naturalmente, nada de esto tiene la menor relación con la producción de una ley universal o, como confiaba Kelsen, con el surgimiento de un "esquema trascendental de la validez del derecho situado por encima del estado nación" (p. 23). La naturaleza imperialista de las Naciones Unidas "realmente existentes", no la imaginada por nuestros autores, es suficiente para probar la incurable debilidad de su afirmación cuando dicen que

"...éste es el verdadero punto de partida de nuestro estudio del imperio: una nueva noción del derecho o, más bien, una nueva inscripción de la autoridad y un nuevo diseño de la producción de normas e instrumentos legales de coerción que garantizan los contratos y resuelven los conflictos" (p. 26).

Esta visión fantástica y candorosa a la vez de un sistema internacional supuestamente postcolonial y postimperialista alcanza su clímax cuando se dice que "todas las intervenciones de los ejércitos imperiales responden a la demanda de una o varias de las partes implicadas en un conflicto ya existente" (p. 31); o cuando H&N sostienen que "la primera tarea del imperio es pues ampliar el espacio de los consensos que respaldan su poder" (p. 31); o cuando aseguran a los ya por entonces atónitos lectores que la intervención del imperio no es ya más "legitimada por el derecho sino por el consenso" a fin de intervenir "en el nombre de principios éticos superiores" tales como, por ejemplo, "los valores esenciales de justicia". ¿Será tal vez la intervención "humanitaria" en la ex Yugoslavia lo que nuestros autores tienen en mente? En efecto, como se verá enseguida. De esta manera, este increíble nonsense les permite concluir que bajo el imperio "el derecho de policía queda legitimado por valores universales" (p. 33). Es sumamente ilustrativo que una tesis tan radical como ésta sea respaldada por la evidencia que suministran dos referencias bibliográficas que aluden a la literatura convencional en relaciones internacionales y cuyo sesgo derechista es evidente aún para el lector menos informado. La voluminosa bibliografía sobre el tema del intervencionismo imperialista producida, por ejemplo, en América Latina por autores tales como Pablo González Casanova, Agustín Cueva, Ruy Mauro Marini, Gregorio Selser, Gerard Pierre Charles, Eduardo Galeano, Theotonio dos Santos, Juan Bosch, Helio Jaguaribe, Manuel Maldonado Denis,

El segundo capítulo de esta primera sección se dedica a la producción biopolítica. Hardt y Negri abren el mismo con una loable intención: superar las limitaciones del formalismo juricista con el que iniciaron su derrotero intelectual descendiendo, según sus propias palabras, a las condiciones materiales que sustentan el entramado legal e institucional del imperio. El objetivo es "descubrir los medios y las fuerzas que producen la realidad social, así como las subjetividades que la animan" (p. 37). Lamentablemente, tan bellos propósitos quedan en el plano puramente declamativo dado que a poco andar el lector comprueba cómo las invocadas condiciones materiales "se disuelven en el aire", para utilizar la conocida metáfora de Marx y Engels en el Manifiesto, y algunas venerables ideas de las ciencias sociales reaparecen con fuerza pero presentadas como si fueran el último "descubrimiento" de la rive gauche parisina o del Greenwich Village neoyorkino. La teorización de Foucault sobre la transición a la sociedad de control, por ejemplo, gira en torno a la supuestamente novísima noción de que "el biopoder es una forma de poder que regula la vida social desde su interior", o de que "la vida ha llegado a ser (...) un objeto de poder" (p. 38).

No llevaría demasiado tiempo encontrar en la dilatada tradición política occidental, que arranca cuando menos en el siglo V antes de Cristo en Grecia, afirmaciones sorprendentemente similares a lo que hoy se denomina, con la pompa que se supone debe rodear todo avance científico, el "biopoder". Una rápida ojeada a la literatura no podría dejar de hallar decenas de citas de autores tales como Platón, Rousseau, Tocqueville y Marx, para mencionar apenas a los más obvios, que remiten exactamente a algunas de las "grandes novedades" producidas por las ciencias sociales a finales del siglo XX. La insistencia de Platón en los aspectos psicosociales que él resumía bajo la denominación de "el carácter de los individuos" que regulaban la vida social y política de la polis ateniense es conocida por todos, tanto como la del joven Marx sobre el tema de "la espiritualización del dominio" de la burguesía por parte de las clases explotadas. Fue Rousseau, a su turno, quien señaló la importancia del proceso por el

cual los dominados eran inducidos a creer que la obediencia era un deber moral, lo que hacía que la desobediencia y la rebelión fuesen causas de graves conflictos a nivel de las conciencias individuales. En resumen, para H&N, demasiado deslumbrados por las innovaciones teóricas de Foucault un autor que sin duda merece nuestro respeto podría ser altamente educativo leer lo que un siglo y medio antes, por ejemplo, había escrito Alexis de Tocqueville: "cadenas y verdugos, éstos eran los instrumentos que empleaba antaño la tiranía; pero en nuestros días la civilización ha perfeccionado hasta el despotismo, que parecía no tener ya nada que aprender". Y continúa diciendo que el tirano de antaño "para llegar al alma, hería groseramente el cuerpo; y el alma, escapando de sus golpes, se elevaba gloriosamente por encima de él"; la moderna tiranía, en cambio, "deja el cuerpo y va derecho al alma" (Tocqueville, 1957: p. 261). Este paso desde las cadenas y los verdugos a la manipulación individual y el control ideológico y conductual ha sido rebautizado por Foucault como la transición desde la sociedad disciplinaria a la sociedad de control. Pero, como sabemos, una cosa es bautizar o rebautizar a una criatura y otra bien distinta es descubrirla. En este caso, la criatura ya había sido descubierta y tenía nombre. Lo que con su reconocida habilidad hizo Foucault fue otorgarle uno nuevo (y bien atractivo) a lo que ya todos conocían, pero de ninguna manera puede decirse que estamos en presencia de una innovación teórica fundamental.

La primera sección del libro concluye con un capítulo dedicado nada menos que a las alternativas dentro del imperio. El capítulo comienza con una afirmación tan radical como desconcertante: fue la multitud la que dio nacimiento al imperio (p. 56). Contrariamente a las interpretaciones más corrientes en el seno de la izquierda, según H&N el imperio no sería la creación de una coalición mundial de los capitalistas hegemónica por la burguesía norteamericana sino la respuesta ¿defensiva? del capital ante las luchas de clases contra las formas contemporáneas de dominación y opresión alimentadas por "el deseo de liberación de la multitud" (p. 56). Llegados a este punto H&N ingresan a un terreno plagado de contradicciones: insisten en que el imperio es bueno dado que representa "un paso adelante" en la superación del colonialismo y el imperialismo si bien, Hegel mediante, aseguran que el hecho de que el imperio "sea bueno en sí mismo no significa que sea bueno para sí mismo" (p. 56). Y prosiguen: "sostenemos que el imperio es mejor del mismo modo que Marx sostenía que el capitalismo es mejor que las formas de sociedad y los modos de producción anteriores a él" (p. 56). Sin embargo, pocas líneas más arriba nuestros autores habían dicho que el imperio "construye sus propias relaciones de poder basadas en la explotación que son, en muchos sentidos, más brutales que aquellas que destruyó" (p. 56). Pese a lo anterior el imperio es "mejor" porque se afirma que incrementaría el potencial de liberación de la multitud, un supuesto para nada confirmado por la experiencia y que en el caso de H&N se encuentra rodeado por un denso halo metafísico y, en cierto sentido, religioso, tal como podremos comprobar en las páginas finales de este trabajo. Dónde se encuentra ese dichoso potencial liberador y cómo podrían actualizarse tan promisorias posibilidades es algo que nuestros autores se reservan para explicar, de modo escueto e insatisfactorio, en el último capítulo del libro.

Por otra parte, decir que el imperio es "mejor" significa que el actual orden capitalista mundial y esto es precisamente el imperio es algo distinto al capitalismo. El argumento de Marx se refería a dos diferentes modos de producción, y comparaba las posibilidades y perspectivas abiertas por el capitalismo con las que ofrecía la descomposición del feudalismo. ¿Estarán tal vez nuestros autores queriendo decir que el imperio significa la superación del capitalismo? ¿Será que lo habremos trascendido, sin que nadie haya reparado en este fabuloso tránsito histórico? ¿Nos encontramos ahora en una nueva y mejor sociedad, con renovadas posibilidades para las prácticas liberadoras y emancipadoras?

Nos parece que H&N construyen un hombre de paja, el izquierdista irracional e inmutable, que frente a los desafíos planteados por la globalización insiste en oponer una resistencia local a un proceso que es por su naturaleza global. Local significa, en la mayoría de los casos, "nacional", pero esta distinción es irrelevante en sus análisis. La resistencia local, dicen, "identifica mal al enemigo y, por lo tanto, lo enmascara". Pues bien, dado que H&N quieren hablar de política en serio y sin que esto sea una concesión siquiera formal a Schmitt sino, en todo caso, a Clausewitz, Lenin y Mao ¿quién es el enemigo? La respuesta no podría haber sido más decepcionante puesto que se nos dice que "el enemigo es un régimen específico de relaciones globales que llamamos imperio" (p. 58). Las luchas nacionales oscurecen la visión de los mecanismos reales del imperio, de las alternativas existentes y de los potenciales liberadores que se agitan en su seno. De este modo, las masas oprimidas y explotadas del mundo son convocadas para una batalla final contra un régimen de relaciones globales. El entrañable Don Quijote reaparece una vez más, luego de varios siglos de descanso, para arremeter en contra de los nuevos molinos de viento mientras los sórdidos molineros, al margen de la furia de la multitud, continúan haciendo sus negocios, gobernando sus países y manipulando la cultura.

H&N ven al imperio como la superación histórica de la modernidad, época sobre la cual ellos tienen una visión un tanto distorsionada. En efecto, la modernidad dejó un legado de "guerras fratricidas, de "desarrollo" devastador, una "civilización" cruel y una violencia nunca antes imaginada" (p. 58). La escena que nos presenta la modernidad es de naturaleza trágica, signada por la presencia de "campos de concentración, las armas nucleares, las guerras genocidas, la esclavitud, el apartheid", y de la modernidad H&N deducen una línea recta que conduce sin mediaciones al estado-nación. Éste no es otra cosa que la "condición ineludible para la dominación imperialista e innumerables guerras", y si ahora una aberración como esa "está desapareciendo del escenario mundial, ¡de buena nos libramos!" (p. 59).

Hay varios problemas con esta peculiar interpretación de la modernidad: en primer lugar, el error consistente en aportar una lectura extremadamente unilateral y sesgada de la misma. H&N tienen razón cuando enumeran algunos de los horrores producidos por la modernidad (o, tal vez, "en" la modernidad y no necesariamente a causa de ella), pero en el camino se les olvidan algunos otros resultados de la misma, tales como el florecimiento de las libertades individuales; la relativa igualdad establecida en los terrenos económicos, políticos y sociales al menos en los capitalismo desarrollados; el sufragio universal y la democracia de masas; el advenimiento del socialismo, pese a la frustración que ocasionaran algunas de sus experiencias concretas como la soviética; la secularización y el estado laico, que emancipara a grandes masas de la tiranía de la tradición y la religión; la racionalidad y el espíritu científico; la educación popular; el progreso económico y muchos otros logros más. Éstos también forman parte de la herencia de la modernidad, no tan sólo las atrocidades que señalan nuestros autores y muchos de estos logros fueron obtenidos gracias a las luchas populares, y en ardua oposición a las burguesías. En segundo lugar, ¿creen realmente H&N que antes de la modernidad no existía ninguna de las lacras y aberraciones que plagaron al mundo moderno? ¿Creen acaso que el mundo de verdad estaba poblado por los buenos salvajes rousseauianos? ¿No se sitúan en la misma posición que los beatíficos críticos de Niccoló Machiavelli que denunciaron al teórico florentino por ser el "inventor" de los crímenes políticos, la traición y el engaño? ¿No oyeron hablar de las Guerras Púnicas o las del Peloponeso, de la destrucción de Cartago, del saqueo de Roma y, más recientemente, de la conquista y ocupación del continente americano? ¿Creen acaso que antes de la modernidad no había genocidios, apartheid y esclavitud? Como bien recordaba Marx, padecemos tanto el desarrollo del capitalismo como la ausencia de su desarrollo.

En todo caso, una vez que afirman la continuidad histórica y sustantiva entre la modernidad y el estado-nación, H&N se apresuran a rechazar el anticuado "internacionalismo proletario" debido a que éste supone el reconocimiento del estado-nación y su papel crucial como agente de la explotación capitalista. Dada la ineluctable decadencia de los poderes del estado-nación y la naturaleza global del capitalismo, este tipo de internacionalismo es completamente anacrónico a la vez que técnicamente reacciona río. Pero esto no es todo: junto con el "internacionalismo proletario" también desaparece la idea de la existencia de un "ciclo internacional de luchas". Las nuevas luchas, cuyos ejemplos paradigmáticos son la revuelta de la Plaza de Tiananmén, la Intifada, los disturbios raciales de Los Angeles en 1992, el levantamiento zapatista de 1994, las huelgas ciudadanas francesas de 1995 y las huelgas surcoreanas de 1996, fueron específicas y motivadas:

"por preocupaciones regionales inmediatas, de modo tal que, desde ningún punto de vista, pueden vincularse entre sí como una cadena de sublevaciones que se expanden globalmente. Ninguno de esos acontecimientos inspiró un ciclo de luchas, porque los deseos y necesidades que expresaban no podían trasladarse a contextos diferentes" (p. 65).

A partir de tan rotunda aseveración que por cierto merecería

un cierto esfuerzo para aportar alguna evidencia probatoria nuestros autores anuncian una nueva paradoja: "en nuestra tan celebrada era de las comunicaciones, las luchas han llegado a ser casi incomunicables" (p. 65, bastardillas en el original). Las razones de esta incomunicabilidad permanecen en las sombras, pero nadie debería desanimarse ante esta imposibilidad de comunicación horizontal de los rebeldes pues, en realidad, se trata de una bendición y no de una desgracia. Bajo la lógica del imperio H&N tranquilizan a sus impacientes lectores diciéndoles que esas luchas viajarán verticalmente al nivel global atacando la constitución imperial en su núcleo o, lo que denominan con un significativo desliz, saltando verticalmente "al centro virtual del imperio" (p. 68).

Aquí aparecen nuevos y más formidables problemas acechando el argumento de los autores. En primer lugar los que se derivan de la peligrosísima confusión entre supuestos axiomáticos y observaciones empíricas. Decir que las luchas populares son incomunicables es una afirmación sumamente importante, pero lamentablemente H&N no ofrecen ningún antecedente como para discernir si se trata de una mera suposición o del resultado de una indagación histórica o de una investigación empírica. Ante ese silencio existen sobradas razones para sospechar que esa problemática refleja la poco saludable influencia de Niklas Luhmann y Jürgen Habermas sobre Hardt y Negri. No es necesario hurgar demasiado en las nebulosas conceptuales de los académicos alemanes para concluir en la escasa utilidad que sus construcciones tienen a la hora de analizar la dinámica de las luchas populares, lo cual no impide que tanto uno como el otro sean extremadamente populares en los desorientados rangos de la izquierda italiana. En este sentido, los planteamientos luhmannianos de la incomensurabilidad de lo social y los de Habermas en relación a la acción comunicativa parecen haber gravitado grandemente en la construcción de H&N, por lo menos en un grado mucho mayor de lo que ellos están dispuestos a reconocer. Pero dejando de lado este breve excursus hacia el terreno de la sociología del conocimiento, si la incomunicabilidad de las luchas impide inflamar los deseos y las necesidades de los pueblos de otras latitudes, ¿cómo explicar la relampagueante velocidad con la cual el movimiento mal llamado "antiglobalización" se difundió por todo el mundo? ¿Creen realmente H&N que los eventos de Chiapas, París y Seúl fueron en verdad incomunicables? ¿Cómo ignorar que los zapatistas, y muy especialmente el subcomandante Marcos, se convirtieron en íconos internacionales de los

críticos de la globalización neoliberal y de las luchas anticapitalistas en los cinco continentes, influenciando de ese modo importantes desarrollos de las luchas locales y nacionales?

En segundo término, H&N sostienen que uno de los principales obstáculos que impiden la comunicabilidad de las luchas es la "ausencia del reconocimiento de un enemigo común contra el cual se dirigen todas esas luchas" (p. 67). No sabemos si éste fue o no el caso entre los huelguistas franceses o surcoreanos, pero sospechamos que ellos seguramente tendrían algunas ideas más claras que las de nuestros autores acerca de quiénes eran sus antagonistas. En lo que a la experiencia de los zapatistas se refiere, la tesis de H&N es completamente equivocada. Desde el primer momento de su lucha los chiapanecos no tuvieron duda alguna y sabían perfectamente bien, mucho mejor que nuestros autores, quiénes eran sus enemigos. Conscientes de esta realidad organizaron un evento a todas luces extraordinario en las profundidades de la Selva Lacandona: una conferencia internacional en contra de la globalización neoliberal, a la cual acudieron cientos de participantes procedentes de los más diversos rincones de la tierra para discutir algunos de los problemas más candentes del momento actual. La capacidad demostrada por los zapatistas para citar a una conferencia de este tipo refuta, en la práctica, otra de las tesis de H&N cuando postulan la inexistencia de un lenguaje común idóneo para traducir el utilizado en las diversas luchas nacionales en otro lenguaje común y cosmopolita (p. 67). Las sucesivas conferencias que tuvieron lugar en la Selva Lacandona, más la interminable serie de manifestaciones contrarias a la globalización neoliberal y la realización de los dos foros sociales mundiales en la ciudad de Porto Alegre, demuestran que, contrariamente a lo que se aduce en Imperio, existen un lenguaje común y una comprensión común entre las diferentes luchas que se entablan en todo el mundo en contra de la dictadura del capital.

Si las antiguas luchas ya no tienen relevancia (el viejo topo de Marx ha muerto, nos aseguran H&N, para ser reemplazado por las infinitas ondulaciones de la serpiente posmoderna), la estrategia de las luchas anticapitalistas tiene que cambiar. Los conflictos nacionales ya no se comunican horizontalmente pero sal tan directamente al centro virtual del imperio, y los viejos "eslabones más débiles" de la cadena imperialista han desaparecido. No existen ya las articulaciones del poder global que exhiban una particular vulnerabilidad a la acción de las fuerzas insurgentes. Por consiguiente, "para poder adquirir significación, toda lucha debe golpear en el corazón del imperio, en su fortaleza" (p. 69). Sorprendentemente, luego de haber argumentado en el prefacio del libro que el imperio "es un aparato descentrado y desterritorializador de dominio" (p. 14), el lector se tropieza ahora con la novedad de que las luchas locales y nacionales deben elevarse al centro del imperio, aunque nuestros autores se apresuran a aclarar que no se trata de un centro territorial sino, supuestamente, virtual. Dado que el imperio incluye todos los registros del orden social, hasta los más profundos, y habida cuenta que no tiene límites ni fronteras, las mismas nociones de "afuera" y "adentro" perdieron todo su sentido. Ahora todo se encuentra dentro del imperio, y su mismo núcleo, su corazón, puede ser atacado desde cualquier parte. Si hemos de creer a H&N, el levantamiento zapatista en Chiapas, las invasiones de tierras del Movimiento de Trabajadores sin Tierra (MST) brasileño, o las movilizaciones de los caceroleros y piqueteros en la Argentina, no son de un orden distinto al de los atentados del 11 de septiembre del 2001 en Nueva York y Washington. ¿Será efectivamente así? A juzgar por las reacciones de distinto tipo provocadas por todos estos acontecimientos, parece que no es precisamente ésta la visión que se tiene desde "el corazón del imperio". Por otra parte, ¿cuál es el sentido que debemos asignarle a esta expresión? ¿Se está hablando del núcleo capitalista, el centro, la coalición imperialista con su amplia red de círculos concéntricos girando en torno al poder capitalista norteamericano, o qué? ¿Quiénes son los sujetos concretos del "corazón del imperio"? ¿Dónde se encuentran,

cuál es su articulación con los procesos de producción y circulación de la economía capitalista internacional, qué instituciones coagulan normativa e ideológicamente su dominio, quiénes son sus representantes políticos? ¿O se trata tan sólo de un conjunto de reglas y procedimientos inmateriales? No sólo el libro no ofrece ninguna respuesta a estas preguntas, sino que ni siquiera se las formula.

A estas alturas la teorización de H&N se encamina hacia un verdadero desastre, debido a que al postular que todo se encuentra adentro del imperio remueve completamente de nuestro horizonte de visibilidad el hecho de que precisamente allí existen jerarquías y asimetrías estructurales, y que tales diferencias no se cancelan declarando que todo está dentro del imperio y que nada queda afuera de él. Los estudios que los latinoamericanos han hecho sobre el imperialismo durante décadas parecen coincidir, más allá de sus diferencias, en el hecho de que las categorías de "centro" y "periferia" gozan de una cierta capacidad para, al menos en un primer momento, producir una visión más refinada del sistema internacional. Todo parece indicar que tal distinción es más útil que nunca en las circunstancias actuales, entre otras cosas porque la creciente marginalización económica del Sur acentuó extraordinariamente las asimetrías preexistentes. Basta para confirmar este aserto con recordar lo que periódicamente vienen señalando los informes anuales del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) sobre el desarrollo humano: si a comienzos de los años sesenta la distancia que separaba al 20% más rico de la población mundial del 20% más pobre era de 30 a 1, a finales del siglo XX esa razón había crecido a casi 75 a 1. Es cierto que Bangladesh y Haití se encuentran al interior del imperio, ¿pero se hallan por eso en una posición comparable a la de los Estados Unidos, Francia, Alemania o Japón? Si bien no son idénticos desde el punto de vista de la producción y circulación capitalistas, entre "Estados Unidos y Brasil, Gran Bretaña y la India" anotan H&N "no hay diferencias de naturaleza, sólo diferencias de grado" (p. 307).

Esta rotunda conclusión cancela los últimos cuarenta años de debates e investigaciones que tuvieron lugar no sólo en América Latina sino también en el resto del Tercer Mundo, y nos retrotrae a las teorías norteamericanas en boga en los años cincuenta y comienzos de los sesenta, cuando autores como Walter W. Rostow, Bert Hoselitz y muchos otros elaboraban sus modelos ahistóricos de desarrollo económico. De acuerdo con estas construcciones, tanto en la Europa del siglo XIX como en los Estados Unidos de esa misma época y en los procesos históricos habidos a media del siglo XX en América Latina, Asia y África, el crecimiento económico había seguido una ruta lineal y evolucionista que comenzaba en el subdesarrollo y culminaba en el desarrollo. Este razonamiento se asentaba sobre dos falsos supuestos: primero, que las sociedades localizadas en ambos extremos del continuo compartían la misma naturaleza y eran, en lo esencial, lo mismo. Sus diferencias, cuando existían, eran de grado, como luego dirían H&N, lo cual era y es a todas luces falso. Segundo supuesto: la organización de los mercados internacionales carecía de asimetrías estructurales que pudieran afectar las chances de desarrollo de las naciones de la periferia. Para autores como los arriba mencionados, términos tales como "dependencia" o "imperialismo" no servían para describir las realidades del sistema y eran antes que nada un tributo a enfoques políticos, y por lo tanto no científicos, con los cuales se pretendía comprender los problemas del desarrollo económico. Los llamados "obstáculos" al desarrollo no tenían fundamentos estructurales, sino que eran el producto de torpes decisiones políticas, de elecciones desafortunadas de los gobernantes o de factores inerciales fácilmente removibles. En los términos utilizados por H&N, todos estaban "adentro" del sistema.

En este imaginario regreso al pasado cabe recordar lo siguiente. A comienzos de la década de los setenta el debate latinoamericano sobre la dependencia, el imperialismo y el

neocolonialismo había llegado a su apogeo, y sus resonancias atronaban en la academia y los medios políticos norteamericanos. El impacto del mismo era de tal magnitud que Henry Kissinger, a la sazón jefe del Consejo Nacional de Seguridad y en ruta hacia su cargo como secretario de Estado de Richard Nixon, consideró necesario intervenir en más de una ocasión en las discusiones y debates suscitados por los latinoamericanos. La tesis de H&N sobre la diferenciación de las naciones al interior del imperio evoca un cínico comentario que Kissinger hiciera sobre este tema. Manifestando su rechazo a la idea de la dependencia económica de las naciones del Tercer Mundo y cuestionando la extensión e importancia de las asimetrías estructurales en la economía mundial, Kissinger observó que "hoy todos somos dependientes. Vivimos en un mundo interdependiente. Los Estados Unidos dependen de las bananas hondureñas tanto como Honduras depende de las computadoras norteamericanas" 4. Como puede concluirse muy fácilmente, algunas de las afirmaciones expresadas con tanta contundencia en Imperio por ejemplo que no hay más diferencias entre el centro y la periferia del sistema, que no hay más un "afuera", que los actores tienen una mera diferencia de grado, etc. están lejos de ser novedosas y habían sido puestas en circulación por teóricos reconocidamente afiliados a la derecha, que oponían una teoría de la "interdependencia" a la dependencia y el imperialismo, y que rehusaban aceptar que la economía internacional se caracterizaba por la radical asimetría que separaba a las naciones del centro de aquellas de la periferia del sistema.

H&N concluyen esta sección del libro introduciendo el águila de dos cabezas que simbolizaba el antiguo Imperio Austro Húngaro como un emblema conveniente para el actual imperio. Sin embargo, para este caso una pequeña reforma parece conveniente dado que las dos cabezas tendrán que mirar hacia adentro, como si estuvieran a punto de atacarse una a la otra. La primera cabeza del águila imperial representa la estructura jurídica y no el fundamento económico del imperio. Tal como lo hemos comentado, hay muy poco de economía política en este libro, y la ausencia de incluso la más elemental mención a la estructura económica del imperio en lo que se postula como su imagen emblemática revela los extraños senderos por los cuales se han internado nuestros autores y en los cuales han perdido definitiva mente el rumbo. Es por eso que la segunda cabeza del águila, que mira fijamente a la que representa el orden jurídico del imperio, simboliza "la multitud plural de las subjetividades productivas y creativas de la globalización" (p. 70). Esta multitud es la verdadera

"...fuerza absolutamente positiva que impulsa al poder dominante hacia una unificación abstracta y vacía y se presenta como una alternativa distinta de tal unificación. En esta perspectiva, cuando el poder constituido del imperio aparece mera mente como una privación del ser y la producción, como un indicio abstracto y vacío del poder constitutivo de la multitud, estamos en condiciones de reconocer el verdadero punto de vista de nuestro análisis" (p. 72).

Conclusión: los interesados en explorar las alternativas al imperio encontrarán muy poca ayuda en esta sección del libro. Lo que hallarán es un certificado de defunción para el arcaico "internacionalismo proletario" (sin la menor mención al nuevo internacionalismo que irrumpe con fuerza desde Seattle) 5; una petición de principios en el sentido de que las luchas populares son incomunicables y que carecen de un lenguaje común; un embarazoso silencio en relación con el enemigo concreto con quien se enfrenta la omnipotente multitud o, en el mejor de los casos, una desmovilizadora vaguedad ("un régimen de relaciones globales"); la desaparición de los "eslabones más débiles" y de la distinción entre centro y periferia; y que la vieja distinción entre estrategia y táctica ha periclitado porque ahora sólo existe un modo de luchar contra el imperio, estratégico y táctico a la vez, y ese modo es el alzamiento de un contrapoder constituyente que emerge de su seno, algo difícil de entender a la luz del rechazo



que H&N hacen de la dialéctica. La única lección que se puede aprender es que debemos tener confianza en que la multitud irá finalmente a asumir las tareas asignadas por H&N. Cómo y cuándo esto vaya a ocurrir escapa por completo a las preocupaciones objeto de atención en el libro. No hay una discusión sobre las formas de lucha; los modelos organizacionales (asumiendo, como lo hacen los autores, que partidos y sindicatos son cadáveres ilustres); las estrategias de movilización y las tácticas de enfrentamiento; la articulación entre las luchas económicas, políticas e ideológicas; los objetivos de largo plazo y la agenda de la revolución; los instrumentos de política a ser utilizados para poner fin a las iniquidades del capitalismo global; las alianzas internacionales; los aspectos militares de la subversión promovida por la multitud; y muchos otros temas de similar trascendencia. Tampoco hay una tentativa de vincular la actual discusión post moderna sobre la empresa subversiva de las multitudes con los debates previos del movimiento obrero y de las fuerzas contestatarias en general, como si la fase en que nos hallamos no hubiera surgido del desenvolvimiento de las luchas sociales del pasado y hubiera brotado, en cambio, de la cabeza de los filósofos. Lo que sí encontramos en esta parte del libro es una vaga exhortación a confiar en las potencialidades transformativas de la multitud la cual, de manera misteriosa e imprevisible, un buen día doblegará todas las resistencias y bloqueos, someterá a sus enemigos para... ¿Para hacer qué, para construir qué tipo de sociedad? Bien, sus mentores intelectuales aún no nos lo dicen.